

# La Pasión, según Albizu

Por Arcadio Díaz Quiñones

**Albizu ha sido quizás el único  
santo producido por la cultura  
política puertorriqueña  
del siglo 20.**

**Pero no se ha reflexionado lo  
suficiente sobre el carácter  
religioso de su política**

vard, antes de que hubiera entrado de lleno en la lucha. Cuenta que las convicciones de Albizu eran ya inconvencibles, y que "las había sacado indemnes de una inmersión larga en medios protestantes". En efecto, Albizu, al igual que muchos ministros y pastores afroamericanos de la época, consideraba que el protestantismo había deformado las Sagradas Escrituras. Mañach también nos informa que cuando Albizu regresó del servicio militar, donde había servido como voluntario en el Departamento de Guerra en Washington durante la Primera Guerra Mundial, y todavía con su uniforme de primer teniente, parecía otro: "Había perdido su estrepitosa alegría de los años anteriores y hasta un poco de su cautivadora dulzura". ¿A qué complejos sentimientos de pérdida y pertenencia obedecían los "foscos silencios" enigmáticos que registra Mañach? El escritor y político mexicano José Vasconcelos, de paso por Puerto Rico en 1927, tuvo un intercambio con Albizu que lo dejó cautivado por el conocimiento íntimo del mundo norteamericano que observó en él: "¡No sé cuántos años de Harvard! Así es que conoce a fondo la cultura rival y nadie como él para exponer sus secretas debilidades y sus astutas maquinaciones". Que se sepa, Albizu no contó esa etapa. Igualmente silenció lo que quizás le tocaba más de cerca: el prejuicio racial y social.

Con un ojo suplementario y ubicuo, Albizu era el vigía. Lo hizo desde el presupuesto de la guerra santa contra un imperio que simultáneamente integraba a los puertorriqueños como "ciudadanos" pero los expulsaba cuando querían ejercer libremente sus

derechos. Organizó lo que no fue posible ni deseable en el 1898: la militancia armada. Al final, hubo mártires y muertos, pero no se llegó a la Tierra Prometida. ¿Fracaso? Habría que leer el revés de la trama, su inscripción en la memoria cultural. Tras su muerte, ya como el Maestro, Don Pedro o el Apóstol, siguió vivo en los relatos de la tradición oral y escrita. El estudioso Ramón López observa que se hizo frecuente la inserción de su fotografía en el espacio sagrado de los altares caseros católicos y espiritistas en la isla y en las comunidades puertorriqueñas de la diáspora. He visto su profusa iconografía en el Bronx y en Filadelfia. Creo que todavía no comprendemos el alcance de esas prácticas "arcaicas", tan centrales a la construcción de los lugares de la memoria en la modernidad.

En el campo intelectual abundan los testimonios de quienes lo escucharon, y corroboran el carisma de la figura que los marcó. Lo vio César Andreu Iglesias, en el momento de la muerte de Albizu en 1965 cuando escribió: "Albizu aceptó su papel como destino inexorable". Margot Arce de Vázquez escribió: "Don Pedro vivió su vocación heroica y profética hasta sus últimas consecuencias". Vicente Géigel Polanco se refiere al hechizo de su palabra como "una sacudida espiritual". Incluso un crítico que opuso resistencias muy razonadas al talante conservador de los albizuistas, el escritor José Luis González, se refería en 1976 a "la lección de integridad política llevada al grado de un sacrificio personal que difícilmente encuentra parangón en nuestra historia". Resulta asimismo revelador que Luis Muñoz Marín, quien mantuvo una distante admiración por la política de Albizu durante un tiempo, pero luego fue adversario central en la guerra de los nacionalistas, dedicara más páginas -algunas muy antagónicas- de sus memorias a Albizu que a ningún otro político puertorriqueño.

Como la de Cuba, Colombia y otros países del Caribe, la historia puertorriqueña es el retorno de lo reprimido: la violencia de la conquista española, el crimen silencioso de la esclavitud, el universo sin voz del trabajo servil, la negación del racismo, las infinitas maniobras de la sociedad criolla para silenciar las desigualdades sociales, la violenta cadena de arbitrariedades de los últimos años del gobierno español y de la nueva ocupa-

ción militar de 1898. Pero, a diferencia de Cuba y la República Dominicana, Puerto Rico era un país sin cultura guerrera: su inicio fue vencido en Lares en 1868. En ausencia de esa tradición, lo que hizo Albizu fue audaz y paradójico. Aquel joven mulato nacido en el Barrio Tenerías de Ponce, uno de los primeros puertorriqueños que logró formarse en las universidades de Vermont y de Harvard, perfectamente bilingüe, de forma inesperada se negó a aceptar los fundamentos mismos de la política de la colonia, y rehusó cumplir con el firme y prestigioso papel social para el que se había preparado como abogado. Militarizó la política, enardeció al país, internacionalizó el caso de Puerto Rico, y desencadenó la potencia represiva del régimen.

El nacionalismo de Albizu era una preparación para afrontar pruebas extremas: la cárcel, la violencia, la muerte. Concentró su lucha contra el orden imperial que se había consolidado en el 1898 y había generado transformaciones impensables antes de esa fecha. De ahí el escándalo que provocó la voz heterodoxa de Albizu en el espacio público de aquellos años coloniales y azucareños. Y luego, en la posguerra, en plena Guerra Fría, a su regreso a Puerto Rico en 1947 de su larga prisión en Atlanta, Albizu arrojó una sombra helada sobre el populismo triunfante de Luis Muñoz Marín y los preparativos para el Estado Libre Asociado. Ivonne Acosta ha dejado patente que la llamada Ley de la Mordaza, que sirvió para reprimir políticamente a tantos puertorriqueños, se aprobó en buena medida para encarcelarlo en Puerto Rico.

Finalmente, y más importante, queda abierta la pregunta sobre la significación de Albizu para los puertorriqueños de hoy. Pienso que es extremadamente difícil la conservación piadosa de todos sus principios. Tan difícil como lo fue ya para muchos de sus contemporáneos. Algunos quedaron perplejos, por ejemplo, ante su apología de la España católica e imperial. No había nada semejante en la tradición separatista puertorriqueña anterior, la de Betances y la de Hostos. Mencionaré otros ejemplos. En tono apocalíptico, y minimizando las divisiones internas del país y las nefastas consecuencias del nacionalismo en otros lugares, Albizu postuló la transfiguración mística y heroica de la patria, que se traducían en la

Albizu Campos, el elegido, le dio a su vida y a su política la forma de la Pasión y la Muerte. Ha sido quizás el único santo producido por la cultura política puertorriqueña del siglo 20, con su martirio, canonización, liturgia, textos sagrados, fanáticos y herejes. Sin embargo, no se ha reflexionado lo suficiente sobre el carácter religioso de su política. El mismo reunía en su persona un modelo de militante, misteriosamente dispuesto al suplicio, y obsesionado por la purificación. Al igual que Martí, buscó una forma trascendente que consistía en llegar al límite del sacrificio. Ambos se instalaron en el tiempo mesiánico, y entraron en conflicto con el tiempo político. Como en el Exodo bíblico, Albizu elaboró el simbolismo del cautiverio y la liberación. La marcha y la estadía en el desierto conducirían a la Tierra Prometida, al advenimiento de una nueva era bajo la vigilancia del profeta. Sabía que el profeta debía pagar un alto precio por su función carismática, y que nunca llegaría a ocupar el poder en el reino de este mundo.

Albizu no tuvo el don poético de Martí. Pero elaboró palabras para decir lo indecible en la colonia: el derecho a constituir una nación-estado y su denuncia de los acuerdos del Tratado de París de 1898. Albizu exigía incondicionalidad, como Moisés con las tablas de la ley. Nadie lo ha retratado mejor que Lorenzo Homar. En ese majestuoso grabado aparece la imagen del rostro melancólico del profeta, desprendido ya de sus adherencias históricas, sin otro cuerpo que sus palabras. Su mirada vigilante parece soldada indisolublemente a esas palabras, que corren sin cesar del texto a la imagen y de la imagen al texto. Homar ha aplicado su virtuosismo caligráfico a la pedagogía nacionalista y jurídica de Albizu. Es un retrato sobrecogedor.

¿En qué sostenía su identidad puertorriqueña en sus años de estudiante en Vermont y Harvard? ¿Cuándo y cómo empezó a oír los susurros que indicaban que era el elegido? ¿Qué libros leyó con especial pasión? Hay un gran silencio alrededor de los desplazamientos y las experiencias formativas de Albizu, y sobre el mundo de sus afectos e ideas. El ensayista cubano Jorge Mañach sí lo conoció en los años entre 1916 y 1923 cuando Albizu estudiaba Derecho en Har-





vanguardia militar y la creación de los Cadetes de la República. Pero ello resultaba inaceptable para los puertorriqueños que querían soluciones negociadas, que deseaban fortalecer la sociedad civil, y le temían a la guerra y a las consecuencias de la militarización. Es igualmente significativo que en la escuela puertorriqueña propuesta por el Partido Nacionalista la separación de los sexos fuera considerada una premisa antiimperialista. En el Programa de 1930 figura esta intransigente declaración: "La separación de los sexos en las escuelas públicas de Puerto Rico es uno de los problemas que el país tiene que afrontar valientemente, por ser la escuela bisexual una importación de Norteamérica inadaptable a las condiciones de Puerto Rico". Ese extraño principio chocaba con las aspiraciones democráticas de igualdad social y sexual, y fue desoído.

**E**l tiempo mesiánico de Albizu, a la vez radical y conservador, contribuyó a cambiar la forma en que los puertorriqueños se piensan a sí mismos. Pero, cuando se pasa al tiempo secular, lo mesiánico se desgrana en una multiplicidad de problemas y negociaciones. La compleja experiencia puertorriqueña -y no sólo en Puerto Rico- demuestra que el estado nacional no es la única liberación posible, y que en cualquier caso no puede estar por encima de los seres humanos que pretende liberar. A muchos no nos ha sido dada la vocación heroica o la gracia del martirio. No obstante, creo que la Pasión de Albizu ha dejado una marca duradera que nos recuerda incesantemente el deber colectivo. El presente puertorriqueño puede arrojar luz sobre el pasado. Cuando se comprueba que hoy la política es la de la publicidad millonaria, la de las encuestas, la de los "think tanks", es importante recordar el sacrificio de Albizu. Cuando el nacionalismo "cultural" que practicamos con comodidad se reduce a una inofensiva y ritual defensa de la lengua española desvinculada de la crítica intensa al abandono de las instituciones educativas y culturales, es hora de recuperar el significado de la Pasión de Albizu. Y sobre todo, cuando se discute seriamente el alcance de los derechos de los puertorriqueños de la diáspora, será decisivo recordar la dignidad que Albizu reconoció en cada puertorriqueño. La dignidad y los derechos de quienes en las peores condiciones de discriminación en Nueva York o Chicago se han sentido amparados e impulsados por la memoria de Albizu, cuya imagen colocan en los altares. Para Albizu no habrían sido aceptables ni la compasión ni el desprecio -o la autodefensa despectiva- que sienten algunos en la isla hacia los puertorriqueños radicados en los Estados Unidos. Tan inaceptables como el escándalo de los improvisados plebiscitos en los que ya no se sabe bien qué quiere decir votar. Todo ello podría cambiar. Es precisamente esa, como explicó Martin Buber, la función más duradera de los profetas: confrontar a su pueblo en momentos decisivos con la alternativa correspondiente; y recordarnos que el mundo puede ser renovado. Ahí reside, como en el retrato de Homar, la presencia de la ausencia de Don Pedro Albizu Campos. **MD**

El nacionalismo de Albizu era una preparación para afrontar pruebas extremas: la cárcel, la violencia, la muerte. Aquí, poco antes de su fallecimiento.